

tante casi ocho millas en la misma isla, estaba en peor estado que el de Castletown, residencia menos agradable. Pero Holm-Peel era mas fuerte y no se podia tomar sin un sitio formal. Habia siempre en este castillo una guarnicion á sueldo de los soberanos de Man. Llegó á él Peveril á la caída del dia, y le dijeron en el lugar, habitado por pescadores, que habian tocado á recoger antes de lo acostumbrado, y que se montaba en él la guardia con precauciones extraordinarias que indicaban alguna inquietud.

Por no incomodar á la guarnicion entrando tan tarde, tomó en el pueblo el primer alojamiento que halló, para pasar la noche, y resolvió entrar en el castillo por la mañana temprano. No estaba disgustado por tener asi algunas horas en que hallarse solo, para reflexionar sobre los acontecimientos que le habian agitado el dia precedente.

CAPITULO V.

Lo que parecia su cabeza
Por sombra de una corona*
Al parecer se tenia.

MILTON, *el Paraiso perdido*

Sodor ó Holm-Peel, porque tales son los

* Es la imagen sublime de Milton:

*What seem'd its head
The likeness of a kingly crown had on.*

Delille dijo:

Una sombra de corona adorna su altiva frente.

Este verso de Delille, no da mas que la mitad de la idea. Todo es fantástico en la imagen de Milton, tanto la cabeza co-

nombres del castillo hácia donde Julian Peveril dirigia su carrera el día siguiente al amanecer, es uno de los monumentos singulares de antigüedad entre los muchos que ofrece esta isla interesante. Ocupa toda una roca, que se levanta formando una península, ó, por mejor decir, una isla, porque la cerca el mar en pleamar y apenas es accesible en la baja mar, aunque se haya hecho una calzada de piedras muy sólida para comunicar con la isla. Todo este espacio está rodeado de muralla doble y bastante gruesa. En el tiempo de que hablamos no se podia llegar á lo interior sino por dos escaleras pinas y estrechas, separadas una de otra por una gruesa torre que tenia una puerta arqueada y en ella un cuerpo de guardia. La extension del terreno entre las dos murallas comprende cerca de dos acres, é incluye diversos objetos dignos de la curiosidad de un

mo la corona, podria encontrarse un equivalente solo en el infierno burlesco de Escaron donde

La sombra de un cochero,

Frota la sombra de un coche

Con la sombra de un cepillo.

Ed.

anticuario. Habia ademas del castillo dos catedrales, una dedicada á San Patricio y otra á San German con otras dos iglesias no tan grandes. Aun entonces todas cuatro estaban mas ó menos arruinadas. Sus paredes medio caídas ofrecian á la vista la grosera y maciza arquitectura de los tiempos mas remotos, y estaban construidas con una piedra parda gastada por el tiempo, formando un contraste singular con la piedra de silleria encarnada de que estaban formados los antepechos de las ventanas, las codornisas las esquinas y los otros detalles del edificio.

Ademas de estas cuatro iglesias arruinadas, el espacio que habia entre las sólidas murallas exteriores de Holm-Peel presentaba otros muchos vestigios de los tiempos antiguos. Se veia un monton de tierra cuadrado, cuyos cuatro ángulos hacian frente á los cuatro puntos cardinales, era esto una de aquellas *moles* como las llamaban, es decir una de aquellas elevaciones, sobre las que las tribus del norte hacian en otro tiempo la eleccion ó reconocimiento de sus gefes, y donde tenian sus asam-

bleas generales y solemnes llamadas tambien Comicias. Debemos tambien hacer mencion de una de aquellas torres singulares, bastante comunes en Irlanda por haber venido á ser la materia en voga sobre que se ejercitan los anticuarios de esta isla, pero cuyo uso y destino verdaderos parecen haber desaparecido en la oscuridad de los siglos. Se habia hecho de la de Holm-Peel una torre de observacion. Se veian tambien monumentos runos, cuyas inscripciones era imposible descifrar, excepto las de fecha posterior, en honor de los guerreros de quienes no habian preservado del olvido mas que los nombres. Pero la antigüedad y la tradicion supersticiosa, que siempre hablan cuando la historia guarda silencio, habian llenado los vacíos que dejaba la verdad, con los cuentos de reyes del mar, de piratas, de gefes de los Hebridas, y de conquistadores noruegos que habian en lo antiguo atacado ó defendido este famoso castillo. La supersticion tenia tambien sus cuentos de hadas, de espiritus, espectros; sus leyendas de santos y demonios, de genios y familiares, fábulas que ni se cuentan

ni se creen con mas facilidad en parte alguna que en la isla de Man.

En medio de todas estas ruinas de los siglos pasados se levantaba el castillo, cuyos cuartos venian abajo por si mismos, pero castillo que en tiempo de Carlos II aun estaba ocupado por una fuerte guarnicion, y que considerado como punto militar, se habia mantenido en buen estado. Era un edificio venerable y muy antiguo que tenia cuartos de una capacidad y altura que bastaban á darle unos visos de pompa. Pero á la entrega de la isla por Christian se robaron los muebles en su mayor parte, ó los destruyeron los soldados republicanos, de modo que, como ya hemos dicho, su estado actual no le hacia digno de la residencia de su propietario; sin embargo habia sido no solo la morada de los soberanos de Man, sino tambien de los presos de Estado que los reyes de la Gran Bretaña confiaban algunas veces á su custodia.

En este castillo de Holm-Peel estuvo encerrado aquel Ricardo de Warwick, gran fabricante de reyes, en una época como la suya tan

fertil en sucesos, para que allí reflexionara bien á su gusto los proyectos de su ambicion. Aquí mismo desfalleció en el retiro durante los últimos dias de su destierro, Eleonor, alta-nera esposa del buen duque de Glocester. Las centinelas contaban que su espíritu irritado atravesaba muchas veces por la noche las almenas de las murallas exteriores, ó que se quedaba inmovil en una torrecilla solitaria, desvaneciéndose en los aires al primer canto del gallo ú al son de la campana de una torre, único resto de la iglesia de San German.

Este era el castillo de Holm-Peel segun nos le pintan las memorias históricas hácia el fin del siglo diez y siete.

En uno de estos grandes aposentos poco menos que sin muebles del tal antiguo castillo, halló Julian Peveril á su amigo el conde de Derby, á quien acababan de servir un desayuno de diferentes pescados.

— Bien venido, imperial Julian, le dijo él, bien venido á nuestra real fortaleza, donde parece no debemos tener miedo de morir por

hambre, aunque nos hallamos poco menos que muertos de frio.

Julian le respondió preguntándole la causa de una mudanza tan pronta.

— Te aseguro que tú sabes lo mismo que yo, respondió el conde. Mi madre nada me ha dicho sobre esto, temerosa sin duda de que al fin caeria en la tentacion de hacerla preguntas, pero está muy engañada en sus cálculos. Prefero persuadirme que obra en todo con juicio y no pedirle razon de lo que hace, aunque ninguna muger sea mas capaz de hacerlo.

— Vamos, vamos, amigo, todo eso es afectacion, vm. deberia en tal caso haber sido mas curioso.

— ¿Y para qué? ¡Para oir historias sobre las leyes de Tinwald, sobre los derechos opuestos de los lorés y el clero, con toda la barahunda de aquella barbarie céltica, que, como la doctrina perfecta de Burgessa, entra por un oido y sale por otro!

— Vamos, milor, vm. no se halla tan indifere-nte como quiere hacerlo creer: convenga vm. en que rabia por saber el motivo de este

movimiento, pero qué piensa vm. es un deber de las gentes de tono mostrarse descuidados en sus propios negocios.

—Y cual quieres que sea la causa, no siendo alguna diferencia entre el ministro de NUESTRA MAGESTAD el gobernador de Nowel, y nuestros vasallos, ó tal vez alguna disputa entre la jurisdicción eclesiástica y la de NUESTRA MAGESTAD*, negocios de tanta importancia que NUESTRA MAGESTAD cuida tan poco como cualquier otro rey de la cristiandad.

— Antes bien creo yo que se han recibido noticias de Inglaterra. He oido decir ayer noche en Peel-Town que Greenhalgh ha llegado y que las ha traído malas.

— Es muy cierto que nada de gustoso me ha traído. Esperaba algunos escritos de San-Evre-mont ó de Hamilton, alguna comedia nueva de Lec ó de Dryden, algunas sátiras del café de la Rosa, y el bribon no me ha traído mas que algunos miserables tratados relativos á protes-

* El modo irónico que tiene el joven rey de hablar acerca de su dignidad real indica que el autor ha escogido el epigrafe del capítulo en el sentido de parodia.

tantes y papistas, y un tomo en-folio de piezas, una de las *concepciones*, como él dice, de aquella vieja loca, la condesa de Newcastle.

— Silencio, milor, exclamó Peveril, silencio, por amor de Dios, que viene la condesa, ya sabe vm. como se irrita al menor sarcasmo que oye contra su antigua amiga.

— Pues que tome á su cargo leer las obras de esa amiga antigua, respondió el conde, y que la llame sabia cuanto guste. Pero yo no daria ni una cancion de Waler, ni una sátira de Denman, por un carro lleno de las paparruchas de Su Excelencia. Pero aqui está mi madre, que indica por el rostro sus muchos cuidados.

Entró á este tiempo la condesa de Derby con varios papeles en la mano. Estaba vestida de luto con una cola larga de terciopelo negro, que traía una criadita de su confianza, joven sorda-muda que habia recibido en su servicio compadecida de su infortunio. Lady Derby, romancesca en la mayor parte de sus acciones, habia dado á esta desgraciada el nombre de Fenelia que tenia cierta princesa antigua de la isla. No estaba muy mudada la condesa.

desde el tiempo en que la presentamos á nuestros lectores. La edad habia comunicado mas lentitud á sus pasos que no eran por eso menos magestuosos, y el tiempo, al trazarle algunas arrugas en la frente, no apagó todo el brillo de sus ojos. Levantáronse los jóvenes para recibirla con aquellas señales positivas de respeto, de que sabian gustaba, y ella les correspondió con igual bondad.

—Primo Peveril, dijo ella, porque así llamaba siempre á Julian, visto que la madre de este joven era parienta del difunto conde de Derby; — has hecho mal en estar fuera ayer tarde, porque necesitábamos tus consejos.

Julian no pudo menos de avergonzarse, respondiendo que la caza le habia llevado muy lejos por las montañas; que habia vuelto un poco tarde á Castletown, y que, viendo habia partido la condesa, habia él continuado sin detencion hasta Holm-Peel, pero que como ya se habia tocado á recoger, y puesto la guardia, juzgó mas respetuoso pasar la noche en el pueblo.

— Está muy bien, respondió la condesa; y para hacerte justicia, Julian, debo decir que rara vez te olvidas de las horas en que conviene retirarse, aunque, como los demas jóvenes de este siglo, tomas la licencia de emplear el tiempo en diversiones cuando podria ocuparse mejor. Pero, con respecto á tu amigo Felipe, turba claramente el buen orden, y parece tiene gusto en perder el tiempo aun sin disfrutar en ello algun placer.

— Acabo de tener uno á lo menos muy efectivo, dijo el conde levantándose de la mesa y limpiándose los dientes con un aire de negligencia. Frescos y deliciosos están estos sargos, y lo mismo digo del Lacrima-Cristi-Creeme, Julian, ponte á la mesa y aprovéchate de las buenas cosas con que mi real prudencia se ha provisto. Ningun rey de Man se vió nunca tan próximo á ser abandonado como yo á la merced del mal aguardiente de sus dominios. El viejo Griffiths, ayer noche, y en medio de nuestra precipitada marcha, no habria tenido el buen juicio de traer algunos frascos, si no le hubiera yo hecho cuidar de este asunto

tan importante. Pero he conservado siempre serenidad en el tumulto y el peligro.

— Me alegrara que dieses de ello pruebas de mayor utilidad, dijo la condesa, quien á pesar de su desagrado, no pudo dejar de sonreirse, pues amaba con ternura de madre á su hijo, aun cuando le reprendia con severidad por no tener el genio caballeresco de su padre, tan análogo al de esta muger romanesca y altanera. Préstame tu sello, añadió ella suspirando, porque tengo por tiempo perdido el invitarte á que leas estos despachos venidos de Inglaterra, y á cuidar de la ejecucion de los mandatos que he creído haber ordenado se preparen en virtud de ellos.

— Con el mayor gusto, señora, respondió el conde Felipe; puede vm. disponer de mi sello; pero abórreme la revision de las órdenes, que vm. es mas á propósito que yo para dar. Vm. sabe que yo soy un verdadero *rey holgazan*, y que nunca contradigo á mi *gobernador de palacio* en sus operaciones.

La condesa hizo ciertas señas á la chica que le llevaba la cola, y que habiendo salido un

instante, volvió al momento con la cera y una luz. En este intermedio la condesa dirigió la palabra á Peveril.

— Felipe no se hace justicia, le dijo ella. En tanto que tú estabas fuera, porque si hubieras estado aquí, te habria hecho el honor de pensar que inspirabas á tu amigo, sostuvo él una contestacion muy animada contra el obispo, que queria pronunciar las censuras espirituales contra una pobre infeliz, y hacerla encerrar en el calabozo debajo de la capilla.

— No pienses de mí mejor de lo que merezco, dijo el conde á su amigo. Mi madre se ha olvidado decirte que la criminal era la bella Peggy de Ramsay, y que su crimen ha sido lo que se llamaria un pecadillo en la corte de Cupido.

— No se haga vm. peor de lo que es, replicó Peveril, que vió sonrosadas las mejillas de la condesa; vm. sabe que habria hecho lo mismo por la mas pobre, la mas vieja y fea de la isla. Este calabozo está situado debajo del cimiento de la capilla, y llega tambien, á lo que pienso, hasta debajo del oceano, pues tan es-

patoso es el ruido de las olas que en él se oye; creo que nadie podría estar en él largo tiempo sin perder el juicio *.

— Es un agujero infernal, exclamó el conde, y le haré lodar algún día, no hay cosa mas cierta. ¡Y bien! ¡y bien! señora, ¿Qué va vm. pues á hacer? mire vm. el sello, antes de sellar las órdenes. Vm. verá que es un soberbio camafeo antiguo, Cúpido á caballo en un pez volante. Compréle en veinte cequíes del señor Furabosco en Roma, es un retazo muy curioso para un anticuario, pero que daría poca autoridad á un mandato en la isla de Man.

— ¿Cómo puedes tú divertirte con tales chanzonetas; joven aturdido? respondió la condesa, con el semblante y en tono de una muger disgustada. Dame tu sello, ó por mejor decir, toma esas órdenes y séllalas tú mismo.

— Mi sello, mi sello; ¡Ah! vm. quiere decir el sello montado en tres pies monstruosos y que se ha imaginado, segun creo, como todo lo que pudiera encontrarse mas ridículo para

* Véase el canto segundo de *Marmion*. — Ed.

representar nuestra muy absurda magestad de Man. ¡Mi sello! no le he vuelto á ver desde que se le di á mi mono Gibbon para jugar con él; gritaba para que se le diera, que daba lástima. ¡Quiera Dios no haya regalado á los peces del Oceano el simbolo de mi soberanía!

— ¡Válgame el cielo! exclamó la condesa encendida y temblando de cólera; era el sello de tu padre, el último gage que me envió con un nuevo juramento de ternura para conmigo, y su bendicion para tí, la noche precedente á su asesinato en Bolton.

— Madre mia, mi querida madre, exclamó el conde saliendo de su apatía, y tomándola de la mano que besó con ternura, esto ha sido gana de fiesta; el sello está seguro. Peveril puede decirlo. Por amor de Dios, Julian, ves corriendo á buscarle; toma mis llaves, está en la segunda gaveta de mi estuche de camino. Perdon, madre mia, perdon; fué una chanza pesada, mal pensada, de mal gusto, convengo en ello; no fué mas que una de las locuras de Felipe. Míreme vm., madre mia, y dígame vm. que me perdona.

La condesa levantó hacia él los ojos, y corrieron sus lágrimas en abundancia.

— Felipe, respondió ella, me sujetas á pruebas muy duras y severas. Si los tiempos han cambiado, como yo he oido te lo figuras; si la dignidad, rango y los sentimientos elevados de honor y deber ceden el puesto á chanzas triviales y diversiones pueriles, permite á lo menos que yo, viviendo en un retiro absoluto, muera sin advertir el cambio que se ha hecho, y sobre todo sin que tenga que advertirlo en mi hijo propio, no sepa yo ese extravío general de una ligereza que nada respeta, y que no halla sino materia para reir en las ideas mas serias del deber y la dignidad; no me hagas pensar que despues de mi muerte....

— Por gracia, no diga vm. mas, madre mia, dijo el conde interrumpiéndola con un tono afectuoso; es verdad que no puedo prometer á vm. ser todo lo que fué mi padre, todo lo que fueron mis antepasados, porque ahora llevamos vestidos de seda en lugar de sus armaduras de metal, y un sombrero de plumas en lugar de su casco. Pero creame vm., aunque no

haya querido la naturaleza hacer de mí un verdadero Palmerin de Inglaterra, nunca hubo hijo que amase á su madre con mas ternura, y ninguno estuvo dispuesto á mas para complacerla. Y para dar á vm. una prueba, no solo voy á sellar esos mandatos al instante, con riesgo de mis dedos, sino que tambien consiento en leerlos de un extremo al otro, asi como tambien esos voluminosos despachos.

Una madre se apacigua con facilidad, aun cuando se reconozca muy ofendida; y la condesa sintió se dilataba su corazon cuando vió que las bellas facciones de su hijo tomaron, al tiempo de leer estos papeles, un aspecto serio, que no tuvo muchas veces ocasion de advertir; le pareció que su semejanza con su valiente y desgraciado padre venia mas marcada, cuando su fisonomía tenia una expresion de gravedad. El conde leyó los despachos con mucha atencion, y se levantó luego diciendo: — Julian, ven conmigo.

La condesa quedó al parecer sorprendida. — Yo estaba acostumbrada á asistir á las deliberaciones de tu padre, dijo ella, pero no pien-